

La eterna calumnia de los intervencionistas.

Los empedernidos intervencionistas mejicanos, es decir, los que se acogieron á la generosa amnistía concedida por el Gobierno Nacional, para escapar al merecido castigo de su infidencia, pero que, sin arrepentirse, alardean de su negro pasado, han dado á las palabras del Sr. Lic. Mariscal una extensión absurda y han tomado la palabra influencia usada por dicho señor en su brindis del Auditorium, como equivalente de apoyo moral y *material*; y hecha esta tergiversación—que deja al descubierto su mala fe—presentan al malhadado brindis como una *confesión de parte* que comprueba lo que hemos llamado su eterna calumnia.

Al aceptar los intervencionistas recalcitrantes la *falsedad* de que fueron vencidos por el auxilio prestado á los liberales por los Estados Unidos, lo hacen no sólo con el objeto de amenguar nuestras legítimas glorias nacionales, sino con la intención dolosa—por eso la calificamos de calumnia—de embaucar á la nueva generación haciéndola creer que si el partido conservador llamó en su ayuda á los franceses, el liberal llamó en la suya á los americanos; y que si hubo traición de parte de ellos, también la hubo de

parte de sus contrarios. ¡Triste defensa! consistente no en probar su inculpabilidad, sino en la pretensión de extender su culpa sobre aquellos mismos que la castigaron!

La falsedad del hecho imputado al partido liberal, queda demostrada con la simple relación que hemos hecho de la conducta del Gobierno americano. Además, aun viven infinidad de personas que vieron á los ejércitos de la República sitiar á Querétaro y á la Capital, y las cuales pueden atestiguar que no había en ellos elemento alguno extranjero; pues los muy contados extranjeros que militaban en nuestras filas, ya fuesen desertores franceses ó austriacos, ya fuesen voluntarios alemanes ó americanos, se desvanecían en la organización de nuestros batallones, sin formar nunca una sola unidad táctica, mientras que sí está probado que además del ejército francés y de las legiones belga y austriaca, auxilió á los traidores—en el campo de batalla de Santa Gertrudis—un batallón de americanos exconferados.

Pudo, por tanto, el Presidente D. Benito Juárez decir, con plena verdad, en su manifiesto del 15 de Julio de 1867, refiriéndose al triunfo nacional:

«Lo han alcanzado los buenos hijos de México, *combatiendo solos, sin auxilios de nadie*, sin recursos, sin los elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con *sublime patriotismo*, arrostrando todos los sacrificios antes de consentir en la pérdida de la República y la libertad.»

Vamos ahora á demostrar que es calumniosa la calificación que dan los no arrepentidos intervencionistas al hecho supuesto del *auxilio material* de los Estados Unidos, considerando como si realmente se hubiera recibido.

El Gobierno nacional mejicano, dentro del más puro patriotismo, podía haber pactado con el de la Unión norteamericana, para rechazar la invasión francesa, una alianza ofensiva y defensiva; y, en virtud de ella, recibir el *auxilio*

material de la república vecina, representado por un ejército que hubiera combatido á nuestro lado contra el ejército francés.

En todos tiempos y en todas las naciones se ha admitido como legítimo el auxilio extranjero para rechazar una agresión extranjera también. Lo que es ilegítimo es impetrar el auxilio extranjero para convertir en triunfo una derrota sufrida en las contiendas civiles; y eso fué lo que hicieron los conservadores. Su razonamiento sería justo si los liberales para derribar al Gobierno reaccionario se hubieran valido de los ejércitos americanos; pero desde Salamanca hasta Calpulápan, en todos los combates de la guerra de Reforma, pelearon solos los liberales; como en la guerra contra la invasión francesa, pelearon solos, completamente solos, los patriotas; aun cuando en este último caso habrían podido, sin mengua ni desdoro, oponer extranjeros á extranjeros, americanos á franceses.

A este respecto, dice mi padre en su «Revista» de Septiembre de 65: «el interés que ella—la nación americana—toma en nuestro favor, no nace de miras ambiciosas; procede únicamente del muy justo *deseo de sostener la sabia doctrina de Monroe; de no consentir el peligro* del establecimiento de una monarquía en su frontera; de *castigar* al astuto soberano que aprovechó su discordia civil, al ingerirse en nuestros asuntos; de *oponerse* á una influencia europea, cuyas confesadas tendencias son las de contrariar la prosperidad y la grandeza de los Estados Unidos. No son estos por lo mismo *desinteresados* en la cuestión, la cual por el contrario les afecta bien de cerca. Pero su interés *no es opuesto; ni mucho menos amenazador para el de la república mejicana*. Los dos pueden ligarse perfectamente, sin mengua, sin desdoro, sin perjuicio de ninguna clase.—En el supuesto de que ese auxilio de los Estados Unidos *importara para Méjico la pérdida de su independencia* ó la de una parte siquiera de su territorio, sería desechado desde luego por los bue-

nos patriotas que *odian toda intervención extranjera*. Para ellos, *Méjico no debe ser de la Francia ni de los Estados Unidos, ni de ninguna otra potencia; Méjico debe ser única y exclusivamente de los mejicanos.*»

Lo repetimos, el Gobierno nacional dentro del más puro patriotismo, podía haber pactado con el de la Unión una alianza ofensiva y defensiva con el exclusivo objeto de rechazar la invasión de los franceses; y siempre que esa alianza no comprometiese la independencia, la integridad ó, simplemente, la dignidad de la Nación.

Los intervencionistas han querido hacer creer que el auxilio militar francés, por ellos impetrado, no atacaba tampoco la integridad, la independencia ni la dignidad de la Nación. Las miras de Napoleón sobre Sonora, abandonadas por el obligado retiro de su ejército, prueban que sí peligraba la integridad de la Nación, y aun suponiendo que los intervencionistas no quisieran pagar á ese precio la protección recibida de los franceses, siempre resultaría que habían comprometido la integridad del territorio permitiendo, á quien tales miras abrigaba, enseñorearse militarmente del país. Respecto de la independencia, no deja la menor duda de que la sacrificaron á la voluntad de Napoleón, el hecho innegable—reconocido hasta por sus mismos historiadores—de que el Comandante en Jefe del Cuerpo Expedicionario francés, ejerció la *suprema autoridad* de una manera *franca* antes de su entrada á Méjico y durante el período de la Regencia, y de una manera solapada, pero no por eso menos real, durante el reinado del Archiduque. Ya en otra de nuestras «Rectificaciones,» en la motivada por los errores en que había incurrido el Sr. Hans—quien en atenta carta, que debidamente le agradecemos, nos dice que no olvidemos que escribe lejos de nuestro país y de los acontecimientos, y cuya buena fe nos complacemos en reconocer de nuevo—hemos demostrado *in extenso* la verdad de nuestra afirmación; pero basta para probarla recordar que Napoleón

en sus instrucciones á Forey decía: *Donde quiera que flote nuestro pabellón vos debéis ser el único amo.* En cuanto á la dignidad de la Nación fué tan completamente sacrificada por los intervencionistas, que llegaron á dar una prueba oficial de ello votando en la Junta de Notables y publicando solemnemente en el Decreto respectivo que: «La Nación mexicana se remite á la *benevolencia de S. M. Napoleón III Emperador de los franceses*, para que le *indique otro Príncipe católico*, en el caso de que por circunstancias imposibles de preveer, el Archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le efrece.»¹

Las ideas que acabamos de exponer han recibido la sanción de la Historia en un caso idéntico al nuestro: en el caso de España.

En 1808 invadía á España el ejército de Napoleón el Grande, sin previa declaración de guerra, y se apoderaba, con alevosa felonía, de la ciudadela de Pamplona; en 1862 invadía á Méjico el ejército de Napoleón el Pequeño, sin previa declaración de guerra, y se apoderaba, con alevosa felonía, de los desfiladeros del Chiquihuite. En 1808, una asamblea española, elegida por un Mariscal del primer Emperador francés, ratificaba la designación imperial, que colocaba la corona de España en las sienes del Príncipe José; en 1863 una asamblea mejicana, elegida por un General del último Emperador francés, ratificaba la designación imperial que colocaba la corona de Méjico en las sienes del Archiduque Maximiliano. En una y en otra ocasión, se aparentaba respetar la independencia del país invadido; pero en ambos casos hubo verdadera dominación francesa. En una y en otra ocasión tuvieron los intrusos monarcas adeptos y partidarios, pero en ambos casos levantáronse en armas los patriotas. Hasta aquí la identidad es absoluta. Pequeñas diferencias

¹ En nuestra «Rectificación» relativa al Gral. Alatorre hemos dado los nombres de los nueve Notables que votaron en contra de esa proposición.

que no atañen al punto esencial de la cuestión hacen todavía más evidente el atentado á nuestra independencia: Napoleón I, aunque en realidad no tenía más derecho que la fuerza, aparentaba deducirlo de las reales abdicaciones. Napoleón III halló, en vez de la abyección de Carlos IV y de la medrosa debilidad de Fernando VII, la admirable entereza de D. Benito Juárez. Nuestras ideas, como decíamos han recibido la sanción de la Historia: á pesar de que Napoleón I no se anexionó la España, llámase á la guerra sostenida contra él: guerra de independencia; y *á pesar de haber recibido España el auxilio militar de Inglaterra*, la Historia, la justiciera Historia, imprime sobre la frente de los partidarios del Rey José, el estigma de la traición; y coloca sobre la cabeza de los que combatieron al lado de Lord Wellington, la aureola del patriotismo.

VII.

Política levantada.

Hubo, no lo negamos, intervencionistas de buena fe, los que ignorando ó dando al olvido las lecciones de la Historia, creyeron que el solicitado protector gastaría los millones de su tesoro y vertería la sangre de sus soldados por el platónico deseo de hacer la felicidad de sus protegidos. Esos hombres de buena fe, cuando vieron á los franceses obrar como si estuvieran en tierra conquistada y á Maximiliano supeditado al Comandante en Jefe del Ejército francés, han de haberse lamentado con profunda amargura de haber sido los cómplices inconscientes de la traición á la patria.

Para fundar su apelación al extranjero invocaban los directores del partido reaccionario tres grandes motivos que no eran, como han venido á demostrar los hechos, sino tres grandes pretextos, la defensa de la religión, la necesidad de la paz y el temor á la política absorbente de los Estados Unidos. De esa manera movían con habilidad en favor de sus antipatrióticas ideas el fanatismo de las masas, su horror á la anarquía, su odio al invasor de 47. Y habrían logrado mayor número de prosélitos si la intuición patriótica no

fuese superior á tales artimañas. Creíamos que los directores del movimiento intervencionista, á pesar de su clara inteligencia, sostenían de buena fe los motivos mencionados, si su conducta posterior no demostrase lo contrario.

La defensa de la Religión atacada, según ellos, por las leyes de Reforma, era el primero de los motivos mencionados. Pues si de buena fe lo hubieran proclamado, cuando vieron al Jefe francés y más tarde al Archiduque, sostener esas leyes, cuando vieron á Maximiliano y á su querido Ministro Escudero reprochar con razón la política de su Santidad, que admitía en el concórdato con Francia lo que rechazaba en el pretendido concordato con Méjico, debían *en conciencia* haberse alzado contra el Monarca extranjero con la misma resolución con que se habían alzado contra el Gobierno liberal.

La necesidad de la Paz era el segundo de dichos motivos: Pues si de buena fe lo hubieran invocado si no hubiese sido un sarcasmo en los labios de la mayor parte de ellos, cuando oyeron la voz autorizada del Gral. Márquez declarando que: «la guerra sería interminable,» cuando vieron esa opinión confirmada por una lucha sin tregua, debieron, cuando menos, abandonar una causa que indefinidamente retardaba la era de la Paz.

Quedaba en pie el último de sus motivos: el temor á la política absorbente de los Estados Unidos; pues si de buena fe lo hubiesen sentido, si hubieran creído—como lo creemos nosotros—que la preponderancia comercial americana envuelve un peligro para nuestra nacionalidad, no serían, como lo son, á trueque de ciertas concesiones, los sostenedores más decididos de este orden de cosas.

Ya que hemos tocado este punto, no estará de más dejar bien precisado que los hombres de Paso del Norte, esos hombres á quienes los empedernidos intervencionistas se obstinan en presentar como obrando á favor y por instigaciones de los Estados Unidos, prefirieron retardar en nues-

tro país la marcha del progreso netamente material, á confiar su desarrollo á preponderantes elementos americanos. Tal vez—aunque no lo creamos así—se hayan equivocado esos hombres, pero no cabe duda de que ese error, si lo hubiere, obedeció á sentimientos del más puro patriotismo.

Antes de terminar; también nos parece conveniente reproducir una nota de D. Sebastián Lerdo de Tejada, Ministro de Relaciones del Presidente Juárez, para que se vea el tono digno y levantado que usaron los hombres de Paso del Norte; y digamos en honor de Mr. Seward, cuyo arrogante lenguaje se impuso á las cancillerías europeas, que se inclinó con respeto ante la dignidad quisquillosa de una nación débil. He aquí la nota dirigida al Ministro americano Mr. Campbell.

«Me dice usted que la satisfacción que el gobierno de los Estados Unidos ha experimentado con la retirada de Méjico de las tropas francesas y con la marcha de los ejércitos del gobierno constitucional sobre la capital de la República, ha sido turbada por las relaciones que le han sido hechas con motivo de la severidad desplegada contra los prisioneros de guerra caídos en nuestras manos á consecuencia de la jornada de San Jacinto. En fin, me dice usted que el gobierno de los Estados Unidos espera que, para el caso en que el Archiduque Maximiliano cayera en nuestro poder con sus partidarios, serían todos tratados humanamente como conviene á prisioneros de guerra.

«Los enemigos de la República, con el fin de perjudicarla, han tomado empeño en desfigurar los hechos esparciendo rumores calumniosos con motivo de los prisioneros de San Jacinto. Estos prisioneros, en gran número, han sido perdonados, y si el jefe de las fuerzas republicanas ha hecho ejecutar á algunos es porque no los ha considerado como prisioneros de guerra sino como individuos culpables bajo el doble punto de vista del derecho de gentes y de las leyes de la República. Esos prisioneros acababan de mar-

charse con toda clase de crímenes en la ciudad de Zacatecas; combatían como verdaderos filibusteros sin patria y sin bandera; como mercenarios pagados para derramar la sangre de los mejicanos que defendían su independencia y sus instituciones.

«Un gran número de los extranjeros hechos prisioneros en San Jacinto, han sido conducidos á Zacatecas, donde se les ha tratado con benevolencia, de la misma manera que lo han sido y que lo son aún los que fueron capturados en el Estado de Jalisco, y que no se habían hecho culpables á tanto grado.

«Conforme á las órdenes del Gobierno de la República, los generales encargados del mando de las fuerzas nacionales, han respetado siempre la vida de los prisioneros franceses y los han tratado con las mayores consideraciones; mientras que, por su lado, se asesinaba frecuentemente por orden de sus jefes á los prisioneros que hacían en las fuerzas republicanas. Aun se dió el caso muchas veces de que los prisioneros franceses fueran puestos en libertad, sin exigir para hacerlo el canje correspondiente.

«Ciertos generales franceses han incendiado poblaciones enteras, varias ciudades fueron diezmadas por lo que ellos llamaban sus cortes marciales; por una simple sospecha, sin ninguna especie de juicio, han dado muerte á personas indefensas, á ancianos, á seres que no habían podido tomar las armas contra ellos. A despecho de todo esto, sin embargo, el Gobierno de la República y los jefes de sus tropas, lejos de recurrir á las represalias á las cuales se les provocaba, han observado siempre, con respeto á ellos, la conducta más humanitaria y dado el ejemplo de la más grande generosidad. Por eso la causa republicana en México ha merecido la simpatía de todos los pueblos civilizados.

«Retiradas las fuerzas francesas, el Archiduque Maximiliano ha querido seguir derramando estérilmente la sangre de los mexicanos. Si se exceptúan tres ó cuatro ciudades

dominadas todavía por la fuerza, ha visto levantada contra él la República entera. No obstante esto ha querido continuar la obra de desolación y de ruina de una guerra civil sin objeto, rodeándose de algunos de los hombres más conocidos por sus expoliaciones y graves asesinatos y de los más manchados en las desgracias de la República. En el caso de que llegaren á ser capturadas personas sobre quienes pesase tal responsabilidad, no me parece que puedan ser considerados como simples prisioneros de guerra, porque sus crímenes están definidos por el derecho de gentes y por las leyes de la República. El Gobierno que ha dado ya tantas pruebas de sus principios humanitarios y la generosidad de los sentimientos que lo animan, debe pesar actualmente en el fondo de su conciencia lo que de él exigen la justicia y sus deberes hacia el pueblo mexicano.

«El Gobierno de la República, después de esta justificación de sus actos, espera conservar las simpatías del pueblo y del Gobierno de los Estados Unidos, puesto que esas simpatías han sido siempre, y son aún, de la mayor estimación para el pueblo y para el Gobierno de México.»

«Tengo el honor, etc.

S. LERDO DE TEJADA.

VIII.

Nuestro deseo.

Ya que hemos hecho estas reminiscencias de la gloriosa lucha sostenida por los patriotas mejicanos contra las huestes invasoras, séanos permitido expresar nuestra ardiente simpatía hacia los pueblos que hoy miran su independencia combatida ó subyugada, ya se llamen Polonia la mártir, Transvaal el esforzado ó Filipinas la indómita. Nuestro más ferviente deseo es que triunfe en las próximas elecciones el partido anti-imperialista y lleve á la presidencia de la República vecina á un gran estadista que, acatando el principio de las nacionalidades, ordene al General Ottis la retirada del Cuerpo expedicionario y reconozca la independencia de Filipinas. Pero, si nuestro deseo no se viere cumplido, si el Aguila americana persistiese en tender su vuelo, por esas regiones donde se fragua el rayo de la guerra y se forma el huracán de la conquista, en vez de desear que nuestra Aguila siga el derrotero marcado por la americana, nosotros deseamos que nuestra Aguila nacional, de pie sobre el nopal de la tradición, en actitud de defensa, no de ataque, ahogue entre sus garras vigorosas á la vívora de la infidencia y ampare bajo la sombra de sus alas al verdadero progreso y á la verdadera libertad!